

**Protesta social, conflicto y territorio en la
Argentina de la posdictadura**

El tizón encendido

**Fernando Stratta
Marcelo Barrera**

**EDITORIAL
EL COLECTIVO**



Fernando Stratta (Santa Fe, 1980) es sociólogo y docente. Integra el Grupo de Estudios sobre Movimientos Sociales y Educación Popular (GEMSEP) y el Centro de Estudios para el Cambio Social (CECSO). Actualmente es investigador en formación del CONICET y becario del Centro Cultural de la Cooperación. Ha publicado artículos en distintas revistas y escrito, en colaboración, *Las nuevas organizaciones populares: una metodología radical* (Ediciones del CCC, 2003). Participó en los libros *Venezuela, ¿la revolución por otros medios?* (Dialektik, 2006), *Reflexiones sobre poder popular* (El Colectivo, 2007) y *Trabalho, Economia e Educação: perspectivas do capitalismo global* (Praxis/Massoni, 2008).

Marcelo Barrera (Buenos Aires, 1979) es sociólogo y docente universitario. Maestrando en Investigación en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires), actualmente es becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), e investigador del Centro Cultural de la Cooperación (CCC). Ha publicado artículos en distintas revistas y escrito, en colaboración, *Las nuevas organizaciones populares: una metodología radical* (Ediciones del CCC, 2003).

El tizón encendido

Protesta social, conflicto y territorio en la Argentina de la posdictadura

Fernando Stratta
Marcelo Barrera

**EDITORIAL
EL COLECTIVO**



Buenos Aires, 2009

Presentación	11
Prólogo	13
Introducción. El territorio y su ¿secreto?	19
Capítulo 1. Apuntes para una definición del territorio	23
Capítulo 2. Racionalidades socioespaciales	35
Capítulo 3. El escenario de los años 90: las transformaciones estructurales.....	43
Capítulo 4. Nuevas formas del espacio público	61
Capítulo 5. Itinerario del conflicto	69
Capítulo 6. Defender la ciudad	81
Capítulo 7. Inscripción territorial. Del repliegue a la identidad	93
Conclusiones. Luchas prefigurativas y formas emancipatorias.....	103
Apéndice	109
Bibliografía	125

Prólogo

Con *El tizón encendido* Marcelo Barrera y Fernando Stratta nos convocan a superar las nociones más renombradas y estancadas del territorio, en particular las específicamente descriptivas, descendientes tanto de la geografía como de la política (positivistas). Los autores plantean que el territorio es algo más que el escenario estático y neutral de la lucha de clases. Para ellos es, básicamente, una relación social. En efecto, se ubican en una línea de pensamiento que ya tiene sus anales.

Lo verdaderamente original –y en esto radica lo medular del aporte de los autores– consiste en superar el dogmatismo, el neoempirismo (con arraigo en el progresismo académico) y todos los formatos teóricos o “científicos” de la despolitización de la pobreza para presentar a la territorialidad subalterna ya no como puro sitio de disolución, fragmentación, espontaneidad, irracionalidad, campo de la ideología, o, en el mejor de los casos, como sitio generador de singularidad o lazos “situacionales”. Por el contrario, en este esbozo la territorialidad subalterna emerge en sus posibilidades disruptivas como espacio de resistencias a los modos de la territorialidad neoliberal capitalista y sus procesos de mercantilización, como sitio de recomposición de lazos sociales opuestos al lazo social general impuesto por el capital, como lugar donde la cultura tiene un resto y las identidades plebeyas un destino.

Hablamos de cultura en el sentido que le asignó hace muchos años Samir Amín, es decir, como el modo que tiene un grupo hu-

mano de organizar la distribución de los valores de uso (y no los de cambio). En este sentido la territorialidad de los subalternos despliega valores y cosmovisiones cualitativamente diferentes a las del capital y contribuye a anular las funciones reproductivas que el capital le asigna a la superpoblación relativa. Esta territorialidad permite a los subalternos constituirse en sujetos, autoafirmarse y disputar un espacio de legitimación. Por mi cuenta agregó: la territorialidad subalterna con sus prácticas heterodeterminadas es un fermento para pensar una nación popular y democrática. Se trata de un espacio con potencialidad contra-hegemonica y de una zona de claridad teórica para pensar una política de liberación.

Así, la experiencia de algunas organizaciones populares de Argentina dejan entrever algunas lógicas que refutan las articulaciones populistas y muestran que no necesitan un "significante vacío", un caudillo y una elite que manejen la retórica, para articular sus "demandas equivalenciales".

En los pasajes más compactos de este trabajo, en forma directa o indirecta, los autores atisban en la territorialidad subalterna una idea de comunidad (fundada en experiencias concretas) que se aleja de todo funcionalismo, organicismo y paternalismo. Es decir, una comunidad de emancipación, que en algunos aspectos podría asimilarse a una actualización de la idea del contrato social.

También la territorialidad subalterna se les presenta a los autores como la posibilidad del desarrollo de una "conciencia de la autonomía de la clase", una conciencia que ratifica la capacidad de los subalternos en la creación de una nueva sociedad (que no será resultado de una catástrofe del capital, ni resultado de la toma del poder y la mera administración del Estado por parte del pueblo).

Se trata nada más y nada menos que de una conciencia de la necesidad y la posibilidad de transformar las relaciones sociales. Conciencia que se adquiere creando nuevas relaciones sociales en territorialidades acotadas pero con proyección. Esta conciencia de la autonomía de la clase exige inventar desde el tejido social asociativo, desde las luchas y los espacios prefigurativos, en fin, desde la cotidianidad, nuevas y originales formas de convivencia. Esta conciencia no puede ser el resultado de la adquisición de un saber ilustrado sino de la experiencia de la lucha de clases, de la praxis. Así se vislumbra un círculo virtuoso: acción, conciencia, acción.

En efecto, la formación de la conciencia crítica de lo real por parte

de los sectores populares es el componente esencial de la lucha por la hegemonía. La conciencia carece de toda entidad por fuera de la práctica, en términos marxistas, la conciencia es el ser consciente y el ser de los hombres es su proceso de vida real. El concepto de praxis, remite una totalidad que involucra conciencia y práctica.

La territorialidad subalterna emerge principalmente como espacio donde es posible imaginar y comenzar a crear un mundo distinto, como lugar donde es posible el ejercicio de aquellas subjetividades afines a la autoactividad. Sin dudas, los órganos afines a ese espacio no son, no pueden ser, apéndices decorativos de una burocracia o una vanguardia.

Los autores se muestran partidarios de la construcción de espacios sociales y políticos donde no acontecen las lógicas internas y burocráticas del capitalismo. Exagerando un poco podríamos decir: espacios donde el socialismo acontece embrionariamente. Indirectamente proponen una crítica radical a la política del mero propósito que es uno de los puntos de coincidencia más importantes entre la izquierda tradicional y la burguesía. Del mismo modo sugieren algunas líneas para cambiar las formas de cambiar.

Los autores remiten al proceso histórico que hizo factible la conformación de esta territorialidad subalterna como usina de voluntades colectivas y campo donde se fortalece lo autogestivo, donde se potencia el carácter solidario de las relaciones en el marco de la sociedad civil y donde se hace evidente la ilegitimidad del poder. O sea, la territorialidad subalterna conjuga necesidad, práctica común y repertorios, además de amor, afecto, seguridad emocional y un conjunto de elementos que hasta hace algunos años la sociedad capitalista reservaba para la familia.

Asimismo, los autores nos muestran algunos hitos en el desarrollo del poder de rechazo y del gesto de negarse a reproducir el orden dominante. Sin descuidar la mención de antecedentes, el sindicalismo de base de los 70 o las tomas de tierra en los 80, en Quilmes y La Matanza, por ejemplo.

Las formas de acción colectiva de los sectores populares, más allá de los condicionamientos históricos que las tornan irrepetibles y de las intermitencias, remiten a una trayectoria y a una experiencia siempre susceptible de ser resignificada y utilizada. En este sentido cobra importancia la memoria de esas luchas y los procesos de aprendizaje colectivo que refuerzan la identidad de las

víctimas y colaboran con la eficacia de las acciones. No casualmente, desde el poder, siempre se trata de "borrar", esa memoria. También desde el poder se trata de implantar un sentido común que establece que todo depende de las decisiones de los poderosos, que las luchas populares son inoperantes y que los intereses de clase y los debates ideológicos no existen. En suma, todo dependería de que los gobernantes sean honestos y eficientes (o al menos el segundo de los términos) y que en reconocimiento a esas cualidades la población obedezca diligentemente sus dictados. Por tanto la acción colectiva, cualquiera sea su orientación, aparece como un sinsentido cuyo único efecto sería un trastrocamiento del imperio de la ley y el orden, lo que es visto como un bien en sí mismo, independientemente del contenido de esa ley y ese orden y de quiénes lo produzcan.

Con la sentencia "la fábrica es el barrio", se ha caracterizado un aspecto clave de la realidad de los 90. Ante el achicamiento del mundo de la fábrica o ante el incremento de su carácter opresivo, el barrio (y otras territorialidades subalternas) ofrecieron y ofrecen a la porción más castigada de las clases subalternas la posibilidad de compartir el rechazo a todo lo que las determina; suministran una trinchera para sostener el compañerismo, la confianza y los sueños.

Como los autores puntualizan, este trabajo fue instigado por un contexto de crisis de la dominación burguesa y de recomposición popular, un momento de alza de las luchas sociales (2000-2003), y de alto grado de visibilidad pública de un conjunto de organizaciones e iniciativas populares que, además, llegaron a convertirse en potentes atractores sociales y políticos. En algún sentido, este trabajo también puede considerarse como expresión de ese ciclo de luchas, pero también es algo más que eso. Es uno de los escasos trazos orientado a recordarnos que las condiciones para una teoría fecunda sólo pueden ser provistas por una praxis popular intensa y variada (y por el diálogo entre las diferentes praxis populares).

En contra de lo que hoy se plantea desde los ámbitos más subordinados a las modas y al poder, ya sean académicos o periodísticos; en contra de lo que propone una política de superestructuras (que por encima de la retórica y las definiciones rutilantes está estandarizada y es indefectiblemente reformista) este trabajo no perdió vigencia. Ocurre que en la actualidad, en Argentina, son pocos los intelectuales que pueden identificarse con una narrativa que re-

mite a una deriva social que tiene como escenario el subsuelo y que además es concebida como preludio. A partir del reflujo posterior a 2003 y del retorno de buena parte de la izquierda a los fétiches tradicionales y opacos, la reflexión crítica sobre los espacios desarrollados en los años previos al kirchnerismo suele ser considerada como simple exageración de señales de fermentos pasajeros.

Lo nuevo está, sigue allí, pero pocos lo visitan. Lo nuevo está, un tanto difuso, y pocos lo ven, pocos tienen la capacidad para interpretar sus signos. Menos capacitados aún están los convencidos de que en materia emancipatoria ya está todo inventado y que los bolcheviques son insuperables (y así sólo nos restaría intentar la imitación más fiel o la adaptación más adecuada). La narrativa a la que nos referimos además es riesgosa porque es afín con la apuesta, el experimento, la prueba, y porque propone partir de la realidad pero sin someterse a ella.

Reacios a que su producción se vea moldeada como mercancía, indóciles al trato burocrático de las instituciones culturales previsibles tentadas por compromisos abyectos, poco predispuestos a beneficiar una generalidad abstracta que mate a la praxis, y asumiendo un lugar mucho más dialéctico que el de los núcleos sectarios y elitistas, los autores de este trabajo asumen la búsqueda de un modo de ser orgánicos de las clases subalternas sin considerarse a priori la "expresión" de su punto de vista. Lejos de toda pose narcisista, sus saberes son puestos en juego en la construcción colectiva de un proyecto y de un gran relato popular.

Miguel Mazzeo

Lanús Oeste, 22 de enero de 2009

“(…) La territorialidad subalterna emerge principalmente como espacio donde es posible imaginar y comenzar a crear un mundo distinto, como lugar donde es posible el ejercicio de aquellas subjetividades afines a la autoactividad.

Las formas de acción colectiva de los sectores populares, más allá de los condicionamientos históricos que las tornan irrepetibles y de las intermitencias, remiten a una trayectoria y a una experiencia siempre susceptible de ser resignificada y utilizada. En este sentido cobra importancia la memoria de esas luchas y los procesos de aprendizaje colectivo que refuerzan la identidad de las víctimas y colaboran con la eficacia de las acciones.

Este texto fue instigado por un contexto de crisis de la dominación burguesa y de recomposición popular, un momento de alza de las luchas sociales (2000-2003), y de alto grado de visibilidad pública de un conjunto de organizaciones e iniciativas populares que, además, llegaron a convertirse en potentes atractores sociales y políticos. En algún sentido, este trabajo también puede considerarse como expresión de ese ciclo de luchas, pero también es algo más que eso. Está orientado a recordarnos que las condiciones para una teoría fecunda sólo pueden ser provistas por una praxis popular intensa y variada (y por el diálogo entre las diferentes praxis populares)”.

Del Prólogo de Miguel Mazzeo

